Elisabetta Di Egidio

UNA REDACCIÓN

Don Manuel era el maestro, el maestro del pueblo. Hombre sencillo, algo tímido y un gran profesional. Gran profesional simplemente porque amaba su trabajo y adoraba a "sus niños". Los quería aunque les reprendiera y precisamente por ello los quería más. En una sala grande, aunque no lo suficiente para el número de alumnos se las ingeniaba para que todos, fueran de la edad que fueran, todos repito, estuvieran ocupados, unos leyendo, otros haciendo "cuentas", los más escribiendo y los menos estudiando. Porque allí no se estudiaba en el sentido estricto de la palabra, allí se aprendía. Se aprendía de la charla de don Manuel, de sus consejos, de sus divertidos ejemplos. Se aprendía educación, se aprendía compañerismo, se aprendía…, bueno se aprendía de todo. Unos con la Historia, otros con Aritmética, otros con las Ciencias Naturales y todos con el Catecismo. Porque don Manuel lo mismo enseñaba el Padre Nuestro como el descubrimiento de América, lo mismo enseñaba minerales que el cuerpo humano lo mismo enseñaba a leer en el queridísimo Catón que a escribir sin "borrones y sin faltas de ortografía".

Lo de escribir era toda una aventura. Cuando don Manuel consideraba que el alumno "podía" pasar a tinta, sabía de antemano que habría tinta para todos. El novato con la pluma, distribuía generosamente el líquido en la libreta, en la camisa propia y las de sus compañeros y hasta en la misma chaqueta del maestro. Pero era un peligro previsto que don Manuel aceptaba y los alumnos, incluido el protagonista festejaban entusiasmados por el "avance" del educando.

Un día, aunque todos fueran diferentes para la clase, don Manuel propuso un ejercicio. Se trataba de una "redacción", aunque los más optimistas le llamaran "trabajo literario".

- Vais a redactar, con letra clara, porque vais a escribir para que otros lo lean, un trabajo en el que trataréis de lo que os gustaría hacer, de que os gustaría ser cuando seáis mayores. Escribid sobre el tema especificando los motivos, los pros y contras de vuestros anhelos, de vuestras ilusiones. Y dentro de unos días, eliminados los peores, es decir, los que se escriban con faltas, los vulgares, y desde luego los que no expongan los motivos, las causas que los inclinen a esa elección. Pero los más brillantes, los que mejor expongan sus sentimientos y deseos, se leerán en clase por el autor y por votación se elegirá al mejor. Tendrá como premio una flor, como en los concursos poéticos, porque en las ilusiones, en los sueños siempre hay poesía. Y eso es lo que pretendo. Que pongáis belleza en vuestro trabajo.

Pasaron unos días, los trabajos fueron entregados y don Manuel los recogió y con gran solemnidad se los llevó a su casa.

- Esto hay que estudiarlo detenidamente, pero que muy detenidamente. No quiero que un premio Nobel, por negligencia, se quede sin la gloria.

Todos rieron, pero la verdad es que estaban nerviosos. En cada uno de los alumnos estaba aposentado el sueño, la quimera, la ilusión. Todos anhelaban, si no el premio, sí la satisfacción de haber sido el mejor. El que mejor redactara, el que mejor expusiera sus ilusiones. Todos se veían con los laureles de la victoria, con la satisfacción del poder, con la ilusión de la felicidad. Abogados, catedráticos, ingenieros, arquitectos, jueces, ministros pululaban por las calles del pueblo. Las familias estaban sorprendidas por las idas y venidas de los chicos, por las consultas que les hacían y hasta don Juan, el párroco, se vio involucrado, pues varias fueron las consultas que le hicieron sobre los estudios eclesiásticos y sobre su estancia en el seminario.

Y llegó el día. La clase estaba en sepulcral silencio. Los alumnos, hasta vestidos con sus mejores galas, aseados y relucientes se habían presentado casi de fiesta. Don Manuel, dando comediantemente una desmesurada teatralidad al acto, se sentó en su sillón, aquel sillón de olivo, recio, fuerte y duro…

- Permitirme que os desilusione un poco. Los trabajos han sido todos muy buenos, aunque las "haches" se les indigestan a algunos. Y digo que vais a desilusionaros porque solamente han sido elegidos dos trabajos. Para mí han sido los mejores, con las haches necesarias y en su sitio, pasable la sintaxis, y un regular en caligrafía. Será para mí un honor que por mi clase pasen futuros profesionales de la Ciencia, del Foro y hasta del Colegio Cardenalicio. Magnífico. Siempre os he dicho que apuntéis alto, lanzad la flecha lo más alto que podáis, que ya bajará por las dificultades, unas veces de la propia empresa y otras, tal vez demasiadas, por las dificultades que os pondrá la sociedad, el ambiente, los intereses, la competencia. Pero vosotros, tensad bien el arco, con vuestro trabajo, vuestro esfuerzo, vuestro sacrificio. Y mirad las estrellas fijamente, con atención, pues en ellas están vuestros sueños.

Don Manuel, con solemnidad, llamó al primer autor de los trabajos elegidos.

- Excelentísimo Señor Don (una calculada pausa)… Don Luis Pérez Aguilera, futuro Premio Nobel de no sé que año, por su trabajo titulado… (otra pausa) "Yo no quisiera ser, yo seré".

El llamado, Luisito, el de la Viña, Pasoslargos, como le apodaban sus compañeros por su manera de andar y correr, se levantó ufano y con paso decidido, es decir largo, se acercó a la tarima del maestro, quien se levantó respetuosamente, dando un fuerte apretón de manos al homenajeado le llevó hasta el atril en el que puso el trabajo e invitó a Pasoslargos a que lo leyera.

Pasoslargos carraspeó varias veces, se inclinó sobre el atril y con voz clara, fuerte, modulada, empezó la lectura de su trabajo.

- Lamento, queridos compañeros, que la premura del tiempo, me haya impedido dar a mi trabajo la extensión que se merece. Un análisis detallado y desde luego

puntualizar con todo detalle las circunstancias que me han llevado a esta conclusión.

- En la vida nada se obtiene gratis. Veo a mi padre levantarse con las estrellas aún en el cielo y dirigirse a la huerta pasando la jornada con la espalda encorvada, azada o almocafre en mano retirando hierbas o enderezando surcos, para después, a su tiempo desde luego, recoger la cosecha, abonada generosamente con el sudor de su frente.

- Veo a mi madre también desde el alba trajinar en la cocina, preparando el desayuno y después el almuerzo para toda la familia, limpiando aquí y allá y cuando parece que todo está hecho, que todo está terminado, sentada en su silla baja, esa de anea que hay en cada casa, mi madre zurce la ropa, o bien, con esas agujas largas, teje un jersey para mis hermanos o para mí. Y aunque parezca mentira, aún saca tiempo para visitar a la abuela y llevarle un tarro de mermelada que ayer hizo o para ayudarle en otras cosas, pues a la abuela, por sus muchos años, hay que dedicarle muchas horas del día.

- También veo a don Manuel, que horas antes de que empiecen las clases, él ya está aquí, repasando ejercicios, preparando temas o simplemente, poniendo los bancos en orden o limpiando la pizarra.

- O al tío Jacinto, que también al amanecer está en su taller de carpintería serrando tablas, claveteando mesas desvencijadas o reformando el reclinatorio de la beata doña Gertrudis.

- Todos son felices en su tarea. A todos les agrada el trabajo que realizan. Y deduzco que la felicidad tiene que estar en el buen hacer, en gustar de lo diario, de esperar con ilusión el fruto del trabajo hecho con dedicación y amor. Y no importa qué clase de trabajo se haga. Porque la satisfacción de que hablo no está en el prestigio del trabajo, sino del trabajo en sí mismo. Nuestro párroco don Juan, dice muchas veces que el trabajo es oración, oración agradable a Dios, que le encanta que el hombre participe en su obra de la Creación. Porque eso es el trabajo: participación en la obra de Dios, y como hay tantas cosas que hacer tantas son los tipos de vocaciones. Pues eso es la vocación, esa es la aptitud del hombre para determinados trabajos que responde con determinada actitud. Y creo que me he hecho un lío.

Don Manuel estaba serio, atento a la lectura de Luisito.

- Me parece que no estás hecho un lío, que te estás expresando muy bien. Y hasta sabes diferenciar dos palabras casi "homónimas": actitud y aptitud. Siga usted, señor Pérez Aguilera.

- Yo seré, lo que mi vocación me indique, y tomaré la actitud adecuada para desarrollarla completamente, a satisfacción mía y de los que de mí dependan. Sé que solamente hay un camino para ello: el trabajo, el sacrificio, el empeño decidido. Y ya sea labrador como mi padre, ya sea maestro como don Manuel, ya

sea cura (perdón, sacerdote) como don Juan, tendré que afrontar jornadas intensas de trabajo, tendré que renunciar a juegos y entretenimientos, tendré que verme con la hermana noche, con la hermana aurora. Yo no sé que seré cuando sea mayor. Yo solamente sé que seré.

Un aplauso cerrado de toda la clase puso colofón a la intervención de Luisito. Y abrumado dio la mano a don Manuel que muy seriamente le correspondía con una inclinación de cabeza, pero que finalmente, no pudiendo contenerse se convirtió en un abrazo emocionado. Pasoslargos se fue a su asiento entre los parabienes de sus compañeros.

- A continuación, el otro finalista, Excelentísimo Señor Don… (pausa) Don Federico Ruiz Fernández, también premio Nobel de no sé que año, pero distinto al de Luis, pues aunque compañeros admirables, no deben compartir el Premio, ya que ambos se lo merecen íntegro. Por favor, don Federico, acérquese usted al estrado.

Federico era un chico fuerte, alto, que parecía mayor de su edad. Y era la simpatía en persona. Sus compañeros le admiraban y cuando Federico competía en las pruebas atléticas, sobre todo en las carreras, los aplausos se iniciaban con el pistoletazo de inicio. Una vez que don Manuel descalificó a Federico por adelantarse en la salida se ganó una gran bronca de los alumnos. Y es que una cosa es la autoridad del profesor y otra muy distinta penalizar al ídolo.

Federico a pesar de su corpachón era tímido y sonrojado hasta las orejas se dirigió al atril. Con voz desentonada al principio, pero más segura en los siguientes párrafos, Federico empezó.

- Yo sí sé que es lo que quiero cuando sea mayor. O mejor dicho, desde ahora mismo. Yo quisiera ser… el único pobre en el mundo. Que todos tuvieran pan, aunque yo pasara hambre. Que todos tuvieran abrigo, aunque yo pasara frío. Que todos tuvieran libros aunque yo fuera analfabeto. Que todos tuvieran amigos aunque yo me viera solo. Que todos tuvieran amor, aunque yo fuera despreciado. Que todos tuvieran salud aunque yo fuera un tullido. Que todos tuvieran Fe, aunque yo me hundiera en la oscuridad. Que todos fueran felices… aunque yo sería aún más que ellos.

- Porque la felicidad no está en el pan de cada día, ni en los buenos abrigos, ni en las grandes bibliotecas, ni en la celebridad, está… en ver satisfechos a los demás, en verlos felices y entonces esa satisfacción, esa felicidad se adueñará de tu alma y te elevará por encima del mundo, de sus necesidades, por encima del hambre y del frío. Te encontrarás muy cerca de Dios y entrarás en su intimidad.

- Yo quisiera ser… algo así como fue Jesús. Tan pobre que no tenía donde reclinar su cabeza, tan cansado que se dormía en la barca en medio de la tempestad… Pero feliz porque hacía la voluntad del Padre. Lo que también quisiera ser yo, bueno no ser, es un soñador. Porque las quimeras, las ilusiones, los sueños no son de personas sensatas. Así es que no soñaré en mis sueños, pondré los pies en el suelo… y mi hombro junto al de mi hermano para andar unidos el camino de la

vida. Y cuando lleguemos a la meta, ver a cuantos hemos hecho felices, mi hermano y yo, todos y yo.

Otro gran aplauso sonó en la clase y don Manuel, emocionado, se adelantó a Federico y ya sin disimulos, le abrazó cálidamente.

El hombre sentado en el sillón recordaba aquella jornada. Y calladamente musitó:

¿Qué será de Luis y de Federico? Tenían garbo para ser y para estar. Pasoslargos es médico, pero no sé por donde anda y de Federico, no sé nada de nada.

De lo que si recuerdo perfectamente es que mi ejercicio no era nada de allá y después, mis peleas con las “b” y las “v”…

Antonio Rosales